

Hace casi diez años Silvia Debona y Norma Cabrera, del grupo *Adamio contiguo* de Santa Fe, me invitaron a presentar la revista de pensamiento y crítica teatral *Didascalía*. Hoy, María Inés Prosdócimo, Natalia Rojo, Jimena Garrido y Mariana Richardet, me invitan a prologar esta publicación surgida del proyecto *Usina de teatro*, de Córdoba. Si acentúo en este comienzo una mirada de género, es porque no deja de ser una cuestión universal y actual, ya que cuando pensamos en los artistas del Siglo XX, no pensamos en Paola Picasso ni en Marcela Duchamps. Recién en este siglo XXI, se cuestiona en los contenidos de arte de la escuela media qué lugar se debería dar a una artista excepcional e universal como Louise Bourgeois. No podemos decir que en el siglo pasado la mujer no haya podido seguir una profesión ni desarrollar una vocación, pero es relativamente reciente y creciente su presencia en espacios de decisión y gestión en arte y en política.

Es imprescindible en este punto no confundir arte con cultura. El arte se ocupa de la representación de lo que somos como cultura y como individuos. Por eso sería válido preguntarse por la pluralidad e igualdad de géneros en los espacios poético-políticos. El teatro al ser un arte colectivo es pesado en sus movimientos; es conservador, generador de tradiciones, escuelas y grupos de pertenencia autorreferenciales. Por otra parte, en el arte teatral, a lo largo de los siglos, las mujeres destacadas fueron “las divas”. La esfera de la dramaturgia, dirección, producción y crítica se mantuvo vedada para ellas. Hasta el día de hoy es recurrente escuchar a propósito de una mujer que ha alcanzado notoriedad en alguna de estas esferas que se trata de una artista *problemática*. Una palabra que puede ser entendida también como algo positivo si de problematizar costumbres y tradiciones se trata. El colectivo *Usina de teatro*, nuclea a mujeres que atraviesan experiencias y saberes diversos: títeres y teatro para niños, publicidad, antropología, cine y fotografía. Sé que la dramaturgia como movimiento de pasaje entre la escritura, la representación y la crítica las enciende y obsesiona, que no dejan de cuestionar la teatralidad y que, por su calidad humana buscan la pluralidad de escrituras antes que un punto de vista común que pueda servir de receta. Que no confunden arte y cultura; y esto desde una perspectiva poético-política que las lleva a buscar encuentros fructíferos en el medio teatral en el que producen.

Con este gesto colectivo de producción y de edición, hoy, se recrean espacios y modos de encuentro; entendiendo que “el medio” no es otro que el que conformamos todos. Por eso, agradezco la invitación a prolongar este libro-proyecto que apuesta al desarrollo de una mirada *problemática y plural*, generadora de interrogantes motores de pensamiento, reflexión, socialización de conocimientos y diálogo puro.

Una publicación es siempre un gesto de trabajo consciente sobre lo que se hace y lo que se es. En teatro no es fácil hacer rápido -hacer rápido también es olvidar rápido- y la consciencia como memoria y espíritu de lo hecho, de lo que se está haciendo y de lo que está por hacerse es lo que nos hace felices y plenamente humanos. Esta publicación leve, breve pero llena de potencia y deseo se mueve entre saberes universales y análisis particulares de lo que se piensa, siente y se representa en cada lugar y en cada artista. También da cuenta de la pulsión por reconocer las voces de otros, haciendo que la palabra circule desde lugares no centrales, ni institucionalizados.

La unión de palabra, pensamiento y acción en el arte son un medio y un fin inseparables. Aquí aparecen tres fuerzas indispensables para celebrar la dramaturgia: acción, pensamiento y teatro.

Soledad González